

"el andén"



josa

EL ANDÉN

JOSA



Es que aún retumba el tintineo de la campana en mis oídos. El viento golpea mi cara una y otra vez. Lo noto sobre todo en mis cejas que intentan despegarse de mi piel lentamente. No digo que este viento no sea como los demás vientos que me han acompañado durante otros días de mi vida, y aunque es invisible, incluso etéreo, a veces lanza un crochet que me deja al borde del KO. Y no solo a mí.

Este persistente aire alborota el poco pelo que escapa de la gorra apretada sobre mi cabeza. Miro mi piel electrizada y veo la carne de gallina que me recuerda que tengo vello en las manos. Aún puedo recordar a aquellos que me llamaban hombre-rana en el instituto... ¡Capullos!

Un viejo y blanco cartel metálico baila hacia delante y hacia atrás, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, casi descolgado por un viento que lo golpea una y otra vez con brío. “A..én 1”

Una de las cadenas que lo aguenta a la farola oxidada ya está suelta. La cadena baila bajo el cartel al ritmo que impone el viento, que cambia de dirección constantemente. A la otra tampoco parece quedarle mucha vida ahí arriba. Ese sonido chirriante y acompasado es la presentación sonora de algo inevitable si no actúo con rapidez.

Me levanto aburrido y me acerco. Me elevo sobre la punta de mis pies y aprieto el tornillo con ayuda de una llave. Estaba a punto de descolgarse, pero no creo que nadie me lo agradezca. Tampoco lo necesito. Si lo hice fue por aburrimiento, y porque parecía la figura de un ahorcado, imagen que siempre ha aparecido en las peores de mis pesadillas.

Vuelvo a sentarme adentrándome de nuevo en mi aburrida rutina. Enciendo un cigarro con dificultad, le doy dos malas caladas y termino apagándolo porque no puedo saborearlo por culpa de un viento que domina todo. El cigarro se arruga y rompe bajo la suela de mi zapato. De todos modos no era mas que una colilla que ya había encendido demasiadas veces.

Mirando el zapato me doy cuenta de que tengo que ir cambiándolos ya... y la camisa, y el pantalón... Antes hubiera sido tan fácil.

Me levanto aburrido otra vez y ando por el andén en busca de nuevas aventuras. En serio. La arena que ha portado el viento hasta el suelo gris del andén gira formando minúsculos torbellinos que mueren bajo mis pasos, y el viento me levanta.

Me coloco al borde del andén, justo donde un tren no podría tocarme pero la fuerza del aire que dejara me derrumbaría. Cierro los ojos y extendo los brazos sintiendo el aire sobre mi puño cerrado. Lo abro y noto los pasos del aire por entre mis dedos. Está jugando entre ellos, y empiezo a sentir otra vez esa sensación de paz... de olvido.

Y creo que tengo alas. Siempre me gustó esa sensación, sobre todo en la playa, notando la brisa salada y perdiéndome entre el canto de las gaviotas... siendo una más de ellas. Cuando abría los ojos mi madre me vigilaba en la distancia, sentada sobre las piedras. Cose, o lee, no lo sé bien, pero siempre tiene un ojo alejado de su tarea. Pronto su figura se esfuma, desaparece entre esas rocas negras, y yo vuelvo a estar completamente solo. Permanecer solo ya no es una novedad para mí. Ya no tiene ese encanto de aquellos días de juego y baño, cuando imaginas cosas maravillosas y que crees reales a pesar de su imposibilidad.

Yo podía volar... y volaba, podía saltar de una azotea a otra, podía permanecer bajo el agua tanto tiempo como necesitara, podía hacer todo... pero apareció la gente. Toda la gente. Fueron ellos quienes me arrancaron el tallo de la tierra húmeda donde crecía siguiendo un sol que me guiaba. Ellos me troncharon, me tiraron y me pisotearon, y yo, tirado sobre la hierba, empecé a sentir ese sol de otra manera. Ahora quemaba. Sus rayos, antes cálidos, se hacían lanzas de fuego que se clavaban y dolían.

Abriendo los ojos vuelvo a estar en esa triste estación. Miro al cielo y echo atrás mi cabeza. El viento sopla mi barbilla, ya no la golpea, y resopla también por mis oídos, como sopla en las conchas de la playa, haciéndoles murmurar. Era igual que cuando bajábamos echando carreras hasta la playa en los días de invierno. El viento recorría nuestros oídos, impedía nuestro avanzar, mientras el profesor, sonriendo desde su "vespino", nos alentaba.

¡Qué rápido era corriendo!. Siempre ganaba, pero nunca fui capaz de entrar en el equipo de atletismo. Era muy sacrificado. A lo mejor hasta hubiera ganado carreras y medallas...

Abro otra vez los ojos. Un cielo tan oscuro como mi pensamiento se arroja sobre mí, mostrándome no su inmensidad, sino mi propia insignificancia.

Este es hoy un mundo húmedo y frío. Las primeras gotas del Otoño se llevan las últimas fragancias de un caluroso verano.

Un horizonte oscuro y rojizo se dibuja ante mí. Una enorme montaña de piedra gris con muy pocos árboles. Y bajo ella unos vastos campos donde no mucho hubo heno y ahora descansa lo que el propio viento ha traído de tierras lejanas. Las huellas de la pesada máquina que acabó con un trabajo que el hombre no quiso hacer aún se pueden ver perdiéndose en el camino. No son ruedas sino cadenas parecidas a las que llevaban los tanques.

Una, dos o incluso tres cigüeñas sobrevuelan luchando contra el viento. Una ya he dejado de verla. Las otras pelean por seguir la estela que el viento les borra. Yo creo que ya andan perdidas. La guía hace ya mucho que pasó.

Buscando esa ave perdida recordé a Don José, de Lengua y Literatura. Lástima que desapareciera tan pronto de mi vida... Si me hubiera cogido en el instituto... ¿Qué será de él? Seguro que ni me recuerda.



El badajo de la campana no deja de tintinear levemente sobre las paredes redondeadas. Es el viento el que impone el ritmo, pero voy a ser yo quien lo detenga... No lo soporto. Aún viajan por el aire que me rodea las ondas de su estridente sonido al ser tocada de esa manera tan salvaje por ese viejete con gorra y traje abotonado. No puedo oír las pero casi puedo verlas.

Hoy es ya el último día de Septiembre. Y si no lo es lo fue ayer, o anteayer... y si no mañana. Todo está triste sin ninguna razón. Las calles están desiertas y los críos ya han dejado de jugar con sus pelotas por culpa de este viento que pone triste a cualquiera atrayendo a un otoño que nadie quiere pero que es inminente. Tanto que ya está aquí su carta de presentación. Minúsculas gotas de lluvia terminan de desmoronar el castillo de arena de un nuevo verano que nos ha dejado.

Todo en el andén está cerrado. El puesto de chuches ahora parece una pared más. No queda ni su multicolor ni sus olores a fresas, limón y menta. El quiosco donde ojeaba revistas hace ya también que ha quemado sus hojas... todo es carbón ahora. No hay más que candados relucientes que pronto oxidarán y tomarán el color del otoño.

Tan solo la máquina de bolas de chicle permanece. Parece mentira lo alegre que puede resultar una bola de chicle de colores. Pero solo por unos segundos. ¡Un euro dos bolas!. Y aquí estoy solo. Los niños ya se preparan para volver al colegio. Aún recuerdo lo mucho que me costaba hacerme a la idea de abandonar la arena, el agua y el sol para ponerme un uniforme del que no saldría hasta el año siguiente.

Por lo menos me quedaban los partidos de fútbol en el patio del colegio. También tenía a Elina. Pero Elina no me tenía a mí. Nunca quiso tenerme. La única que quiso comprar un juguete roto se llamaba Eva. Pero Eva no era un juguete divertido. Ahora sí que me lo parecería...

Al otro lado del andén una pareja discute sentada en el banco. Ella llora. Él no parece dispuesto a imitarla. Es más, tampoco parece dispuesto a conmovirse con su gesto. Esa mirada la conozco, y la está atravesando, pasando a través de ella como si no fuera más que una parte más de ese aire violento que los envuelve.



Yo miré así una vez. Todo empezó y terminó en la fiesta de fin de curso del instituto cuando nos besamos. Después nos desnudamos, nos tocamos y más... mucho más.

Pasamos una preciosa noche en la orilla de la playa de arena caliente. El alcohol hizo todo más romántico de lo que en realidad fue. Al otro día partió de vacaciones.

Eva me mandó cartas a diario durante aquel verano en el que cumplí los dieciséis. Parecía tan ilusionada conmigo... Hasta veinte cartas conté pero no leí

ninguna. Ni las abrí. Las guardé todas en el cajón de mi pupitre de la escuela de verano y allí durmieron plácidamente hasta que alguien las descubrió y se las entregó.

Todas estaban cerradas... todas menos una. Y no era la suya. Eso es lo que más le dolió. Y a mí.

- Aquí tienes tus cartas – me dijo entregándome una bolsa de basura repleta de papel, y con sus ojos de vidrio brillante – no has leído ni una solo... ¿Por qué?

No supe qué decir. Me limité a tragar orgullo, buscar refugio, y mirarla como lo que era, nada.

- en cada una de ellas iba yo, una pobre ilusa, loca de amor. Ahora muérete con ellas

- Eva... - fue lo único que acerté a balbucir, mientras ella sacaba la carta abierta y leía las pocas frases que había escrito

- “no podemos vernos más... por mi marido, por mis dos hijos. Siempre estarás dentro de mí. Además, eres tan joven”.

- ¿quién es? – me pregunta rompiendo la carta en mil pedacitos. Después de ver caer los papelitos al suelo me vuelve a mirar. Lee mis ojos y entra hasta lo más hondo de mí.

- Dios mío – vuelve a llorar espantada.

Le digo que lo siento. Jamás dije algo más sentido, y Eva desapareció para siempre.

Nunca la eché de menos. A Mari sí, sobre todo a ese último beso que nunca le di y con el que aún sueño cuando la veo pasear junto a su nieta.

Pronuncié su nombre en mi mente, pero el viento lo sacó. Sonó por todo el andén. La pareja dejó de discutir. Me miraban. Y aquí estoy, mirando a dos desconocidos, en el principio de otro largo otoño, cuando el cielo se confunde con mi ánimo, solo.

Por eso estaba yo allí, y no en cualquier otro sitio. La idea del tren siempre me había atraído. Los trenes tienen apenas memoria y dejan todo atrás sin posibilidad de volverte a mirar. Te haya gustado o no. Solo tienes esos segundos para mirar. Olvida las playas y los campos frescos de la niñez, los olores y los colores, las oscuras charcas a punto de secarse, esos árboles que ya cortaron, esas cartas que nunca escribiste, esas palabras que aún guardas aunque no sepas donde... y todo lo va dejando atrás, dibujándolo en un paisaje por el que no volverás y que nadie podrá recoger.

Un niño, cogido de la mano de su madre, sale al andén. En su cara puedo ver la tristeza de unas vidas que cargan en esas dos maletas atadas con cuerdas para impedir que la presión pueda romper los pestillos. En la cara de la madre no veo nada. El turbante me lo impide pero sus ojos muestran una enigmática belleza que, seguramente, rompería si se lo quitara. ¡No te lo quites!.

Madre e hijo vuelven a entrar en la estación. Este viento es solo para valientes... o para locos desdichados. ¡Mierda!... te dije que no te quitaras el velo.

Como siempre pasa, discurre mi tiempo con lo inesperado. Ahora es un papel de periódico el protagonista de mi vida. Plegado, que no doblado, se va elevando y planea, lentamente hacia la derecha, con fuerza hacia la izquierda... Las cosas de este extraño viento. Se para bajo mis pies. Mi zapato izquierdo pisa una de sus esquinas. Mi otra pierna se abre y lo extiende, aprisionándolo contra el suelo. Marca, página 23, motor. Alonso ficha por Mercedes... Otro que se va.

De nuevo sale el niño. Pero esta vez no le acompaña su madre sino otro galopín de su misma edad. Los dos cuchichean en secreto, y hablan de mí. El traicionero viento me trae sus palabras que creen abandonadas a su suerte.

Ahora es una extraña flatulencia, y el otro niño dice que es verdad, que sus pedos suenan pero no huelen. Los dos ríen a mandíbula suelta. Yo no. ¡Qué envidia reír por un pedo!. Yo también lo hacía...

Me miran. Se sienten descubiertos y corren despavoridos al interior, a los brazos de sus madres. Observándoles mi memoria viaja fugazmente para alcanzar la edad de esos galopines que huyen de mi mirada.

Yo también tuve el mejor de los refugios, donde todos mis males se alejaban. Pero ya no está. Hace ya mucho que murió. Mirando esa mujer tras el cristal algo hace que mi cuerpo recobre su energía. Siento un latigazo, una sobrecarga, y mi piel se eriza.

La madre se asoma lentamente, sin hacer ruido, por la esquina que lleva a los baños.

Mira a su hijo que juega con el otro, y sonrío. En esa mueca veo una felicidad que no es fiel compañera.



Entonces cierro los ojos y oigo los pasos reconocibles de las zapatillas de mi madre y me hago el dormido sobre su colchón de espumas irregulares. La oscuridad oculta mis ojos semiabiertos y veo cómo la sombra de su cuerpo se inclina silenciosamente por entre la puerta que no quiere abrir del todo. Ella contiene su respiración para escuchar la mía y yo respiro y gimo, como hace ella cuando duerme.

Después sus pasos se alejan por el pasillo, se apaga la luz, y se siente bien. Yo también.

Vuelvo a cerrar los ojos porque es una sensación placentera. Quizás la única que me queda... mi único refugio. El sonido de la campana me devuelve a la realidad.

Otro tren se acerca por detrás de la montaña. Ya se oye su "chun-chun"...

Llevo aquí todo un día. En realidad vengo todos los días, desde hace ya casi un mes. Y un día más me volveré. Tanto tiempo aquí esperando y aún no he cogido ningún tren.

Pasó uno grande, otro pequeño, uno con el nombre de aquella muchacha, uno rojo y amarillo, otros verdes, uno que iba a Francia, otro al Sur, otro que iba a la universidad, uno con solo dos vagones, otro con más de doce... pero ninguno me gustaba.

La verdad es que nunca he cogido un tren. Todos se me han escapado desde que dejé el instituto hace ya... hace tanto que ni me acuerdo.